

á otro, y establecian sus teatros en cualquier sitio capaz para recibir á los espectadores. No se conocia entonces el arte de cambiar las decoraciones, ni otros medios inventados despues para conservar la ilusion teatral que da tanto realce al mérito de un drama. Probablemente carecerian de toda propiedad y verdad histórica los trajes de los representantes. El teatro era para el pueblo, que por lo regular asistia á la exposicion de su retrato. Así estas composiciones, objetos de estudio para el humanista, no lo son menos para el moralista y el filósofo, deseosos de conocer las costumbres humanas, segun los paises y las épocas.

Lope de Vega pertenece á los siglos XVI y XVII, entre los que se dividieron casi por partes iguales los años de su vida. Como ninguno por esta razon puede reclamarle como exclusivamente suyo, le haremos por ahora del XVI, cerrando con él la lista de sus dramatas. ¿Qué diremos de este hombre extraordinario, de este asombro de fecundidad en todos los géneros de la literatura? Que como dramata cultivó y desarrolló todos los géneros que se conocian en su tiempo, lo saben cuantos se ocupan de la literatura; que tuvo el cetro de la escena, fué durante mas de treinta años el regocijo, el deleite y hasta el asombro de cuantos asistian al teatro, es un hecho histórico; que no fué clásico, que escribió contra las reglas del arte, lo confiesa él mismo; que sus bellezas oscurecen las que pueden reunir todos los dramas de los que se han erigido en sus criticos, dificilmente lo confesarán ellos mismos. Por lo demás, si compuso mil ochocientas, mil quinientas ó las que se quiera, poco puede importar á la presente edad, de cuyos teatros han desaparecido todas sus comedias. Trabajó para su siglo; no para el nuestro, segun lo que observamos en el dia. Si la falta está en Lope de Vega ó en nosotros, lo decidirán quizá las generaciones sucesivas.

Designan algunos á Lope de Vega con el nombre de *Monstruo de la naturaleza*, por su fecundidad prodi-

giosa, de que no hay ejemplo. En ningun género de poesia conocido en su tiempo y aun en posteriores, dejó de ensayarse este ingenio español, que gozó en vida la palma de celebridad europea, que conserva hoy sin mengua de su lustre. Dejamos á los criticos el decidir cuál en este océano de producciones debe colocarse al frente de las otras en caso de que sea posible resolver este problema. Tambien les toca examinar si entre todas ellas hay alguna que se pueda considerar como un gran monumento literario de aquellos que, por las grandes bellezas que solo crea el genio, estan destinados á desafiar la mano de los tiempos.

Despues de los poetas vienen naturalmente los que sin escribir en verso cultivaron el campo de la ficcion en sus diversos géneros. La novela, pues, con tal nombre designaremos satíricas producciones, es tan antigua en España como en Italia; pues se cultiva desde el siglo XIII. Fué el XVI fecundo en estas obras. Las hay del género picaresco, satírico ó de critica; las hay serias y amorosas; otras puramente morales; algunas del género pastoril, que estaba entonces muy en boga. No pocas pertenecen al género caballeresco, muy en consonancia con el gusto de entonces, con las ideas é inclinaciones de hombres que acababan de salir de la edad media. En este género eminentemente europeo, propio de aquellos tiempos, no pudieron ser imitadores de los clásicos antiguos: para los tres primeros hallaron muchos recursos en sus composiciones.

Estas producciones, sobre todo la del género satírico, aunque parezcan tal vez frívolas, no están llamadas á ocupar mas la atencion del filólogo que del moralista; del crítico que examina su mérito literario, que del historiador y del filósofo, tan curiosos de observar las costumbres de los hombres. En estas obras, y lo mismo se puede decir de las dramáticas y de igual clase, se reflejan las clases de la sociedad, sobre todo las inferiores, donde está impreso el verdadero tipo de naciona-

lidad con que se distingue cada época. Por ellas se ve lo que eran los españoles de aquel siglo, cuáles sus gustos, sus trajes, su lenguaje, la clase de su educación, lo más ó menos grosero de sus hábitos, el espíritu aventurero y caballeresco de la época, el carácter pendenciero de quienes contaban la espada en el número de las prendas indispensables de su equipo. Esta arma, que solo se usa hoy por las clases más altas de la sociedad en ciertas ceremonias, jamás se apartaba entonces del lado hasta de las ínfimas (1). Hacemos esta observación, y citamos esta sola diferencia para hacer ver hasta qué punto la de los usos que parecen más indiferentes puede ofrecer diversos cuadros de costumbres relativos á sus épocas.

Comenzando por las primeras, pues así les corresponde, ateniéndonos al orden cronológico, pondremos al frente la producción singular que con el título de *Celestina* ó *amores de Calisto y Melibéa* vió la luz pública casi al mismo comenzar del siglo. Aunque lleva el título de tragi-comedia y está dividida en partes llamadas *actos* (2), es claro que por su textura y por la imposibilidad de ser representada pertenece menos al género de

(1) Recordamos haber visto un arte ó reglamento de cocina para las de Felipe II, donde hay un capítulo para prescribir dónde y de qué modo deben colgar sus capas y espadas los oficiales ó sirvientes de cocina. Si nos atenemos al diálogo entre D. Quijote y su escudero después de la aventura de los Yangüeses (parte 1, capítulo XVI), parece que la llevaba Sancho Panza. Mas éste en su conversación con el del caballero del bosque, (part. II, cap. XIV), dice en términos expresos: «me imposibilitará el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse.»

(2) Estos actos son veinte y uno. Pasa por autor del primero, que es el más largo de todos, Rodrigo de Cota, el viejo, ya citado, que le debió de escribir algunos años antes del fin del siglo XV. Los otros lo fueron por el bachiller Fernando de Rojas, según lo declaró él mismo en unos versos acrósticos, cuyas primeras letras dicen: *El Bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calisto y Melibéa, é fué nascido en la Puebla de Montalban.* Es tan grande la semejanza de estilo entre el primer acto y los siguientes, que á no saberse que son de dos ingenios pasarían por de una misma mano.

drama que al de una novela dialogada. Cualquiera nombre que se le asigne, no repetiremos los elogios que en todo tiempo, y sobre todo nuestros literatos modernos hacen de esta composición, tesoro de buen lenguaje, de gracias, de sales, de sentencias, de moralidades, donde brilla tan profundo conocimiento del corazón humano, y se halla tan fielmente retratado el estado de la sociedad, aplicado á las clases más bajas y hasta infames de la época. Con la mayor exactitud están bosquejados los retratos de cuantos personajes figuran en aquellas escenas: el de *Celestina* es el modelo más acabado de las mujeres de su oficio. Hay de todo en la novela ó drama; historia sagrada y profana, mitología, filosofía, rasgos de erudición en boca de todos los actores, y prescindiendo del pasatiempo que ofrece su lectura, hay mucho que aprender y que meditar en ella aun para hombres instruidos. Todo interesa en esta producción; el asunto, las maneras, el estilo. La lubricidad de algunos cuadros, y lo obsceno de muchas de las expresiones, probablemente no eran tan ofensivos en aquel tiempo como en los nuestros, donde nos preciamos de más delicadeza y castidad en las palabras, aunque no valgan mucho más las obras. Al menos esta composición nos dá á entender que las de entonces no eran tan puras é inocentes, como tal vez algunos se pueden figurar de tiempos tan remotos, y que en materia de vicios y de corrupción pocas épocas se pueden echar nada en cara unas á otras.

El fin moral que se propuso el autor de la *Celestina*, es visible en cada página, aunque no lo hubiese manifestado en la introducción y en los versos ya citados que puso al frente de su obra. Pintó el vicio con colores feos para hacerle odioso, hizo perecer trágicamente á los principales personajes de su tragi-comedia, para que las culpas fuesen seguidas de un castigo proporcionado á los excesos. Que su fin fué el de escarmentar y no inducir á extravíos, es evidente; y de esto no puede caber duda al que lea con la más pequeña atención, sin pararse en

lo lúbrico de la pintura. Hacemos esta reflexion, porque es aplicable á cuantos autores de aquel siglo se ejercitaron á composiciones del orden picaresco, en que el veneno vá siempre seguido de algun antídoto que inutilice sus efectos. Si han acertado, es otra cuestion en que no entramos.

Despues de la *Celestina* colocaremos al *Lazarillo de Tormes*, publicada en el primer tercio del siglo XVI, produccion juvenil de uno de sus hombres mas esclarecidos, á saber; don Diego Hurtado de Mendoza. Tambien es un tesoro de buen gusto, de sales y de un lenguaje puro y castizo que no ha envejecido, á pesar de que nos separa de aquella produccion mas de tres siglos. Todos los cuadros del *Lazarillo* están pintados de mano muy maestra. El protagonista interesa por la relacion de unas aventuras de miseria y travesura, en que nunca faltan sentencias y moralidades mezcladas con la narrativa. El *Lazarillo de Tormes* es una de las joyas literarias de aquel siglo. Las dos continuaciones, pues tiene dos segundas partes hechas por diversas plumas, están lejos del mérito de su modelo. En la primera se nos presenta á *Lazarillo* convertido en un atun y habitante del mar, donde le suceden aventuras que interesan poquisimo. La segunda le vuelve á su estado natural, y continúa la narrativa por el tono de Mendoza, al que se acerca mucho mas que el autor de los lances submarinos.

Siguió esta senda Mateo Aleman en su vida y aventuras de Guzman de Alfarache, nombre clásico tambien en nuestros fastos literarios. El fin moral del autor en las aventuras de su *picaro*, se manifiesta aún con mas evidencia que en las dos producciones anteriores. Es un *picaro* que refiere sus aventuras unas veces con harto desenfado y alabanza propia, y otras con el mismo tono de contricion con que un penitente confiesa sus pecados. A cada aventura precede ó sigue su moralidad correspondiente; tal es el temor de Mateo Aleman de pervertir á los lectores con un mal ejemplo, Ademas de la narrativa,

y sin apenas conexion con ella, hay en la obra párrafos larguissimos de moralidades sacadas de la historia, y otras mas fuentes de erudicion, que hacen verdaderamente cansada y fastidiosa su lectura. Por otra parte, en muchas de las aventuras hay poco chiste y originalidad, bastantes cuadros feos que no pueden ser interesantes. El carácter mismo del *picaro* no está delineado con tanta claridad como los de los personajes de los otros anteriores. Por todas estas razones no tenemos el *Guzman de Alfarache* por obra de gran mérito.

Despues de publicada la primera parte de Guzman de Alfarache, de Mateo Aleman, dió á luz una segunda Mateo Lujan de Saavedra, imitando el tono, estilo y carácter de composicion de la primera.—Quizá fué este el motivo que tuvo Aleman de publicar otra segunda, en que no trata de un modo mas caritativo á Lujan de Saavedra que Cervantes al que tuvo la osadía de dar á luz una segunda parte de su D. Quijote. La misma suerte cupo á los dos, segundas partes intercaladas, á pesar de que no se tienen por destituidas de mérito literario, en la invencion y en el estilo.—Si los nombres de Lujan de Saavedra y de Avellaneda no estan completamente en el olvido, lo deben á los dos ingenios que de su atrevimientos se ofendieron.

Entre las novelas de Cervantes que publicó sin duda á últimos del siglo XVI, hay algunas que pertenecen á la clase picaresca; tales son, el *Rinconete y Cortadillo*, el *Matrimonio engañoso*, los *Diálogos de los perros de Mahudes*, la *Gitanilla*, la *Tia fingida*, parte de la *Ilustre fregona* y del *Licenciado Vidriera*. En estas, sobre todo en la primera, se vé la mano maestra del autor, su profundo conocimiento de las costumbres del siglo en que vivia, y sobre todo, su habilidad en trazar cuadros de costumbres. En las demas novelas de género sério luce su buen estilo, mas poca gracia y originalidad que haga interesante su lectura. El mismo juicio merece su *Pérsiles y Sigismunda*, produccion á que el autor daba mas impor-

tancia que al mismo *Don Quijote*; prueba de lo mucho que estravia al hombre su amor propio, de que no va siempre unido el genio con la sana crítica. El *Pérsiles* es un modelo de buen lenguaje, no inferior á ninguno de los escritos de Cervantes; mas es un afinamiento de acontecimientos peregrinos, pero enlazados con poco arte, sin ningun orden y con tanta confusion, que al cabo de cierto tiempo engendra cansancio, y hace que se deje el libro sin valor para llegar hasta el fin de la leyenda.

Al género de esta novela, que se puede denominar moral, sério; y hasta sentimental pertenece *Avelio é Isabela, hija del rey de Hungría*, por Juan Flores; la *historia de la Reyna Sevilla*, de autor desconocido; *los amores de Clares y Florisea*, de Nuñez de Reinoso; el *Proceso de las cortes de amores*, de Alonso de Ulloa; la *Selva de aventuras* de Gerónimo Contreras, y otras varias por el estilo.

Se puede colocar en el género misto, pues de todos participan, el *Patrañuelo*, de Juan de Timoneda colección de aventuras á quienes dá el nombre de *Patrañas*; la *Sobremesa y alivio de Caminantes*, del mismo autor que es una recopilacion de cuentos sumamente cortos, los *cuentos de Juan Aragonés*, y la *Selva Curiosa* de Julian Medrano.

En el género de novela histórica, se publicó entre otras por Alonso de Villegas, la *historia del Abencerrage y la hermosa Jarifa*, y por Ginés de Flira, la *historia de los bandos de los Zegries y Abencerrages, caballeros moros de Granada; las civiles guerras que hubo en la vega entre moros y cristianos hasta que Fernando V. la ganó; agora nuevamente sacado de un libro arábigo cuyo autor de vista fué un moro llamado Amin-Ausin, natural de Granada, desde su fundacion.* (1)

(1) Sobre el mérito de todas estas compositores, véase el *Discurso preliminar sobre la novela española* que va al frente del

En el género pastoral teniamos toda especie de recursos de imitacion en los antiguos. Los suministraban á manos llenas Teócrito y Virgilio en sus composiciones cortas, ó sea églogas é idilios. Para las largas estaban las Pastorales de Longo ó Longus, traducidas por Amyot á principios de aquel siglo. Solo Garcilaso imitó á los dos primeros, aplicando el verso con la facilidad que ya hemos visto. Los que vinieron despues prefirieron escribir composiciones mas largas y en prosa, en imitacion del género novelesco del tercero. Las nuestras fueron muy gustadas y admiradas en su tiempo. Hoy dia no se leen: los filólogos las citan; se ven todavía en librerías, mas no sobre la mesa de ningun aficionado á la lectura. El portugués Jorge de Montemayor compuso una novela titulada *Diana*, que continuó despues el español Gil Polo, dando á su obra el titulo de *Diana enamorada*. Se puede añadir á estas la *Galatée* de Cervantes. Se distinguen estas obras, sobre todo la última, por lo puro, sencillo y á veces elegante de su estilo, por lo afectado de sus conceptos, por lo alambicado de sentimientos, por un tono impropio á todas luces de los pastores á que se atribuye. Probablemente Virgilio, Teócrito y Longo, tuvieron algunos modelos para sus composiciones: no los habia en el siglo XVI en que se escribieron tantas pastorales. Eran tan rústicos, tan záfios los pastores de aquella edad, como los que vemos en el dia. Ya no usaban ni caramillos ni zamponas, ni cantaban endechas, ni iban coronadas de flores sus pastoras.

En cuanto á las novelas del género caballeresco, remitimos al lector al famoso escrutinio que hicieron de estas obras el cura y el barbero en la librería del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, que vino al mundo para acabar con todas ellas.

tomo III, de la *Biblioteca de autores españoles* publicada por el Señor Aribau, donde á escepcion de la *selva curiosa* de Julian Medrano, se insertan todas ellas.

¿Y en qué lugar colocaremos, cuál es el género á que pertenece esta produccion tan singular? Se publico en los primeros años del siglo XVII, mas al XVI perteneció su autor; como del XVI le reclamamos. ¿Qué diremos de este libro que no esté dicho, redicho, repetido en tantas lenguas? Pasarle en silencio, seria hasta irreverencia á la memoria y nombre de su autor; repetir sus elogios, es completamente inútil; para ofrecerle nuevos homenajes, son muy pocas nuestras fuerzas. Nos contentaremos pues con la simple y sentida admiracion de un libro único en su especie, libro de los viejos, libro de los mozos, libro de los sábios, libro de los ignorantes, libro el mas conocido en toda España, en toda Europa, libro que hace reir y pensar, libro que instruye y deleita al mismo tiempo. No está todavía decidido si en él vale mas lo festivo que lo grave, si es el personaje principal el caballero andante ó el escudero; si los discursos de don Quijote cuerdo son mas ó menos interesantes que las locuras en que le hacen incurrir sus antiguas leyendas malhadadas. En este libro hay de todo; lo cómico y lo trágico; lo bufon y lo sublime; lo satírico y lo afectuoso; la vida de los campos como la picaresca de las clases de la sociedad mas corrompida. Nunca se instruyó mas proporcionando mas dulce pasatiempo. En las locuras se aprende tanto como en las sentencias, el gobierno ridiculo de la insula Barataria suministra excelentes preceptos á los mas altos gobernantes. Y sobre todo, ¡qué estilo, qué copia, qué correccion, qué tesoro de armonía! Cuantos han querido imitar esta produccion, han escollado como en una empresa temeraria. Los que han tratado de adoptar su estilo, no han pasado nunca de la clase de copiantes.

La Francia del siglo XVI no produjo poetas comparables con los nuestros. Aquella nacion festiva, satírica y mordaz, la mas cancionera del mundo, dividida por otra parte en partidos, debió de ser muy fecunda en la poesía ligera y satírica, donde se marcaban las opi-

niones diversas, ora políticas, ora religiosas de los que entraban en la liza. Mas todas estas composiciones de interés local ó del momento, desaparecen naturalmente cuando termina el interés de la situacion que les dá origen. Así son muy pocos los monumentos poéticos que nos quedan de aquella época, dignos de pasar á la posteridad por su mérito intrínseco y literario. Se conservan todavía con aprecio algunas de las poesías ligeras de Marot, poeta de la corte de Francisco I, y que en su cualidad de traductor de los Salmos de David en verso, gozó de gran reputacion entre los calvinistas, sus correligionarios, que los cantaban en sus congregaciones. Tuvo en el reinado de Carlos IX reputacion de gran poeta Ronsard, escritor grave y magestuoso, que quiso hacer innovaciones en la lengua poética, y no tuvo por fruto de todos sus esfuerzos mas que el quedar sepultado en el olvido. De todos los poetas franceses, el solo que ha pasado á la posteridad con justos títulos de fama, es Malherbe, que floreció muy á últimos del siglo. Cultivó entre otros el género lírico con mucho aplauso, y fué en cierto modo el creador de la lengua poética, que con poca diferencia prevaleció en el siglo siguiente y sucesivos. Nos quedan de Malherbe composiciones de gran mérito. Hay entre ellas una dirigida á un padre sobre la muerte de su hija, que todos los literatos de aquel pais citan con elogio.

Otros poemas de varios géneros produjo en Francia aquella época, que aunque no muy estimados, se mencionan en el dia. Los hubo sérios y hasta épicos. Entre sus autores citaremos á Saint Gelais, muy favorito de Francisco I, que pasa por ser el primero que escribió sonetos en su lengua.

El teatro francés estaba aún mas en mantillas, en un estado de mayor rudeza que el español en la misma época. Todavía eran diversiones favoritas los misterios ó dramas mixtos, cuya introduccion en Europa fechaba de tres á cuatro siglos. Ningun autor dramático de aquel

tiempo dejó composiciones de este género que puedan citarse con algun elogio. Dieron un gran alimento á la poesía dramática de aquella época los mismos sucesos de la contienda civil y religiosa de que fué teatro aquel país durante tantos años. En dramas alegóricos y hasta con los nombres propios de los mismos personajes se ridiculizaban mutuamente los partidos rivales, llevando en esta parte lo mejor de la contienda los católicos, pues por los principios que profesaban ó afectaban los reformadores, no gustaban de fiestas de teatros. Era la comedia antigua de los atenienses con su rudeza en las formas y sus personalidades.

Como hemos dicho, la poesía francesa de aquel tiempo, es decir, la que excita hoy recuerdos de sus literatos, fué toda ligera, amoldada al gusto de aquel pueblo. No faltaron grandes poemas sérios como el del autor citado, mas no se leen, y si se mencionan es solo en diccionarios. Tampoco faltaron novelas en prosa, como entre nosotros, mas no en tan grande número. Entre las composiciones de esta clase se distinguen los cuentos de Margarita, hermana de Francisco I, conocidos con el nombre de los Cuentos de la reina de Navarra. También Margarita de Valois, hija de Enrique II, y primera mujer de Enrique IV, fué autora y dejó composiciones asimismo en el género festivo. Igualmente se dice que hacia versos Carlos IX, á quien se le supone cierta instrucción y afición á la literatura; mas sus composiciones apenas merecen un recuerdo. Entre los poetas franceses citaremos también á María Estuarda, que compuso bien algunos versos en esta lengua, que cultivaba con preferencia á la suya propia; mas los críticos no dan á sus composiciones un gran mérito. La lengua francesa tanto en verso como en prosa estaba muy lejos todavía de las gracias y formas elegantes que llegó á adquirir en el siglo XVII. No sucedía lo mismo á la nuestra, que en poesía se conserva hoy con muy corta diferencia tal cual nos la dejaron nuestros grandes escritores de aquel siglo.

No llevaba grandes ventajas la poesía de Inglaterra á la francesa de aquel tiempo. Pocos monumentos nos quedan, sobre todo de la primera mitad, en que la lengua permanecía aún en un grande estado de rudeza. Enrique VIII no tenía grande afición á la poesía; era mas teólogo que literato. Los dos reinados sucesivos fueron época de trastornos y revueltas, no de saber y de protección á los productos del ingenio. Se dice que la reina María era muy amiga de las letras. Algunos escritos nos quedan de su mano, mas ninguno los menciona con aprecio. Su sucesora, la reina Isabel, fué literata y escritora. Se conserva de ella una traducción del libro de las *Consolaciones* de Boecio, cuyo trabajo emprendió y llevó á cabo durante su confinamiento. Se dice que ademas del latin, sabia el griego, el francés y el italiano. Cualquiera que fuese su grado de instrucción, es un hecho que favoreció á los literatos, á los poetas, sobre todo á los que la hacían objeto de sus composiciones. No produjo sin embargo aquella época hombres muy insignes en este género de escritos. Se menciona como un gran poema del tiempo el intitulado la *Hermosa reina* (the fairy Queen) de Spencer, dedicado como indica su título á celebrar bajo las ficciones de la fábula á la que reinaba entonces. Fué este poema el encanto de los contemporáneos; hoy es leído de muy pocos; no porque carezca de poesía y elevación de sentimientos, sino por pertenecer al género caballeresco, que pasó de moda y no es gustado en estos tiempos. Lord Byron en su famoso Childe-Harold adoptó las estancias ó estrofas de nueve versos usadas por Spencer.

También se citan como producciones de algun mérito, la traducción del Tasso por Fairfaix, en que está vertido verso por verso con exactitud; la del Ariosto, por Harrington, y las sátiras de Donne.

Igual protección dispensó al teatro aquella reina; no porque los dramáticos obtuviesen de ella grandes rasgos de munificencia, sino porque gustaba de esta diver-

sion y la fomentaba con su ejemplo. En Inglaterra, como en otras partes, habia costumbre de dar representaciones en los palacios y casas de campo, con cuya diversion obsequiaban los primeros personajes á un sin número de convidados que regalaban con la mayor magnificencia.

El reinado de Isabel produjo algunos autores dramáticos de algun mérito, sobre todo, atendiendo al tiempo en que escribian. Los hubo del género clásico y caballeresco, del grave y satírico.

Floreció entre otros, aunque tambien pertenece á dos siglos, Benjamin Jonson, conocido con el nombre de Ben-Jouson, muy célebre en su tiempo, mas sin genio, sepultado hoy en el olvido.

A todos los eclipsó Shakspeare, que fué un genio de aquellos que pertenecen realmente á todos los siglos y á todas las naciones. Nacido en 1564, pertenece á dos siglos, aunque mas al XVI que al XVII. Fué protegido de la reina Isabel, y muy gustado de su sucesor el rey Jacobo. Cuanto pretendamos decir de este poeta extraordinario, ya está dicho. Están agotados en favor suyo todos los elogios: por otra parte, ya son extemporáneas las acusaciones amargas que se han hecho de sus faltas, de su ignorancia, de sus monstruosidades y del carácter grosero de su estilo. Las críticas murieron; las bellezas han absorbido los defectos. Shakspeare está considerado como el primer dramático del mundo. Es sublime, patético, sério, festivo, bufon y chocarrero. Todas las clases de la vida humana desde el emperador hasta el sepulturero viven en sus dramas, porque en sus dramas todo vive. Escribió de inspiracion, sin estudios previos, sin sujecion á regla alguna, como un hombre guiado solamente por la naturaleza. No podia ser clásico, pues ignoraba que hubiese modelos de este género de composiciones; fué autor dramático, sin pretension de hacer innovaciones ni formar escuela. Escribia y no borraba, sea por la urgencia del tiempo, sea por carecer de verdadero gusto un hombre que poseia tanto genio. Fué cómico y trágico, sin que en ninguna de sus composicio-

nes se sostenga desde el principio al fin ninguno de los dos estilos. Si imita alguna fábula, es una verdadera creacion; si toma algun asunto de la historia, es la mayor fidelidad en el pincel; si describe pasiones, se muestra profundo conocedor de nuestro corazon; si produce bellezas, son del primer orden; si comete faltas, son intolerables y monstruosas. Los ingleses se muestran muy constantes en su entusiasmo por este gran poeta; mas el entusiasmo no está solo en sus labios, se traduce tambien por actos positivos. Shakspeare vive en la imprenta, que no se cansa de reproducirle bajo mil diversas formas: vive en las artes, que se consagran á su genio muy frecuentemente; vive sobre todo en el teatro, donde el público no se cansa de aplaudirlo.

En la segunda mitad del siglo XVI fué Italia inferior á la primera; en artes como en ciencias, en verso como en prosa. A no haber producido un poeta como el Taso, hubiera quedado muy deslucida en esta parte. Mas un poema como el de la *Jerusalen* basta para resarcir mil faltas, para compensar y cubrir muchísimos vacíos. Se puede considerar esta composicion como la mayor gala literaria no solo de Italia, sino de la Europa literaria de aquel tiempo. Es inútil hablar con elogio de un poema que conoce todo el mundo, que se halla en todas las librerías y bibliotecas, en las manos de todos los hombres de buen gusto, y traducida en la mayor parte de las lenguas de Europa. Es de un tono sério, grave y melancólico, segun el asunto requeria. Aun bajo de esta consideracion pudieran ser objetos de censura algunos episodios, algunos adornos que no dicen bien con el sepulcro de Cristo, rescatado por los ejércitos cristianos; mas no hay severidad posible para desechar lo que, prescindiendo de esta consideracion, está de tantos encantos impregnado. Tachan generalmente los críticos á este poema de carecer del colorido exacto de la época á que se refiere, mas esto solamente puede ser defecto para los muy conocedores de la historia. Disputas hubo y grandes